

19. ¿HOMBRE DE ESTADO?

“Pablo González fue el primero en entrar a la ciudad de México. Por un momento existió el peligro de que ambos candidatos se disputaran a balazos la plaza clave del poder. No ocurrió tal cosa porque el sonorense, con zalamerías y falseades convenció a González de que dejara en manos del Congreso –en el que había mayoría de obregonistas- la tarea de elegir presidente interino de la República. Así pudo entrar Obregón en la capital sin combatir. Significativamente, a su lado iba el general Peláez, el protector de las empresas petroleras, cuya presencia serviría para mostrar a los diplomáticos norteamericanos la buena voluntad con que los tratarían los nuevos amos del país”

NAIPES DE POLVO página 507

Para López IV, nacido y crecido en el estado de Tabasco, condicionado desde siempre por los intereses internacionales del petróleo, el tema es harto familiar: sabe que los veneros del petróleo han sido –y serán- ventura y desventura tanto de su estado como de México. Y si como dice saber de historia, le ha de quedar claro que en el ánimo racial y la profundidad instintiva del depredador yanqui -para quien el mundo es un botín de guerra- subyace el uso de la fuerza para lograr su objetivo por *encima de todo y a pesar de todos*.

Tal parece que el hombre de Macuspana, entiende que ante esa política despótica, expansiva y violenta deberá actuar con pinzas. Frente a esta realidad, ojala también comprenda, como abogado que es, que el derecho humano es siempre un *derecho del más fuerte*, derecho que el más débil ha de seguir, y este derecho, pensado como permanente entre tribus, es la *paz*. Semejante paz existe también dentro de la tribu con objeto de mantener sus fuerzas disponibles para empresas al exterior: *el Estado es el orden interior de un pueblo para los fines exteriores*. El Estado es, como forma, como *posibilidad*, lo que la historia de un pueblo es como *realidad*.

Dicho figurativamente: por un lado está la acción decidida de la fuerza de Estados Unidos –un Estado con un orden *interior* para los fines *exteriores*- arremetiendo con ariete de acero y por el otro, una reacción de carrizo en sentido contrario, evasiva y dividida, de México –un Estado en *desorden interior y sin fines exteriores*. El resultado es predecible.

Un hombre de Estado es ante todo, un hombre de hechos, no de moral ni escrúpulos. Un hombre de Estado sabe bien qué hacer. Por sus decires morales y sobre todo, por sus hechos de *política desordenada hacia el interior y sin fines hacia el exterior*, López El IV está en las antípodas de ser un hombre de Estado, de hecho está más cercano a la reflexión de Nicolás Maquiavelo, en su obra, El Príncipe: *“Lo que hay de más indomable en un Estado republicano es el Poder ejecutivo, que dispone de las fuerzas de la nación. Se debería no conferirle más que a los grandes, pero ¿cómo elegirlos sin riesgo de engañarse? ¿Cómo asegurarse que este poder mismo no se corromperá? Hétenos aquí, pues, reducidos a confiarnos más en los hombres que en las leyes”*.

¿Será que esta linea final es a la que se refiere Jorge Luis Borges cuando califica a la democracia como *manipulación de la estadística*?

Pie de página número 473